



www.loqueleo.com/es

Prólogo y coordinación pedagógica: Nando López

Taller literario: Cristina Juarranz

Edición crítica: Paloma Aparicio y Paloma Ferrer

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-172-2

Depósito legal: M-23.451-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: septiembre de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega

y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CLÁSICOS

LAZARILO D TORMES

Anónimo

PRÓLOGO Y COORDINACIÓN PEDAGÓGICA
NANDO LÓPEZ

TALLER LITERARIO
CRISTINA JUARRANZ

EDICIÓN CRÍTICA
PALOMA APARICIO Y PALOMA FERRER

loqueleg

Lázaro, el antihéroe

Crecer no es fácil. La realidad se encarga de sembrar a nuestro paso, y en cada nueva edad, obstáculos que hemos de vencer. Infancia, adolescencia, juventud, madurez... Cada etapa supone un nuevo reto en el que todos, como el protagonista de esta novela, hemos de aprovechar las experiencias pasadas y convertirlas en un aprendizaje que nos permita romper los límites que hallemos a nuestro paso. Por eso Lázaro es uno de los grandes iconos de nuestra literatura: un personaje humilde que encarna la lucha por sobrevivir y desafía a un entorno hostil donde otros gozan de unas ventajas de las que él carece:

«Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, paresciome no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto».

Prólogo

Lázaro no está dispuesto a ser menos por el hecho de que la Fortuna no haya sido tan generosa con él. Así pues, desde el inicio de esta novela, escrita en forma de una larga carta, se nos deja ver con claridad cuál es su intención: demostrarnos el mérito de quien, sin más ayuda que la de su «fuerza y maña», consigue progresar. La sociedad en la que se desenvuelve el personaje está marcada por el origen: el nacimiento condiciona las opciones vitales, que se reducen a seguir el camino trazado por un sistema donde el individuo ha de asumir un destino que solo favorece a unos pocos. Sin embargo, nuestro protagonista no está dispuesto a contentarse con las migajas que le ofrece la realidad y se valdrá de su inteligencia y astucia para sacar provecho de cuanta situación se presente en su camino. El hambre, su principal motor, es también su mayor fuente de inspiración: solo su ingenio podrá salvarle de la ruindad de quienes le rodean. Y, en especial, de la mezquindad y el egoísmo de quienes, como el sacerdote de Maqueda, se supone que deberían ser mucho más generosos:

«Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre, noche y día estaba pensando la manera que ternía en substentar el vivir. Y pienso, para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa, y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí».

Tratado II

Los métodos de Lázaro no son –en absoluto– los propios de un héroe y, sin embargo, nos resulta imposible no sentir simpatía hacia este personaje gracias a su humanidad y al magnífico retrato que se nos hace de él a lo largo de la novela. Se nos describe a alguien tan cercano, tan reconocible y tan universal que todos vemos en su relato un reflejo de ese niño ingenuo que fuimos y de la persona que ahora somos:

«—Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rio mucho la burla.

Paresciome que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba».

Tratado I

Como le sucede a Lázaro, también nuestro carácter y nuestra personalidad se ven influidos por cuanto vivimos y, al igual que le ocurre a él en compañía del ciego, del clérigo o del escudero, todos somos más o menos conscientes de que las personas que nos rodean contribuyen a la construcción de nuestra identidad.

Lejos del héroe épico, presidido por valores como el honor, Lázaro se presenta ante nosotros como el espejo perverso de esa figura modélica: su motor es la supervivencia; sus armas, el ingenio y el engaño. Con él se funda definitivamente un género esencial en la literatura española, la picaresca, donde se relatan historias de personajes que hacen de la mentira y de la estafa su forma de vida. Se trata de novelas que no solo pretenden divertir al lector, sino que también ofrecen un

amplio y crítico mosaico de la sociedad de su tiempo. A este género pertenecen títulos tan célebres como el *Buscón*, de Francisco de Quevedo, o el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, y otras piezas protagonizadas por pícaras, como *Las harpías en Madrid*, de Alonso de Castillo Solórzano, o *La pícaro Justina*, de Francisco López de Úbeda, que ponen de manifiesto la dificultad de la mujer para abrirse camino en la sociedad de los siglos XVI y XVII.

Humor, aventura, intriga... Todo ello forma parte de la historia que se nos cuenta en el *Lazarillo*, un libro en el que detrás de cada anécdota late una crítica hacia la hipocresía y la injusticia social, además de una reflexión sobre nuestra propia vida: ¿qué hace que seamos como somos? ¿En qué momento abandonamos la infancia y nos convertimos en adultos? La peripecia de Lázaro podría servir como una expresión simbólica de esa etapa de cambio, de esa transición dolorosa y fascinante a un mismo tiempo que es la adolescencia: el Lázaro niño aprende con el ciego los trucos que el Lázaro adolescente aplicará con sus amos posteriores, ya sea para engañarlos –como en el caso del clérigo– o para protegerlos –como al escudero, con quien establece una relación que roza lo entrañable.

En este sentido, el *Lazarillo* forma parte de uno de los géneros literarios más universales: el llamado *Bildungsroman* o novela de formación, al que pertenecen aquellas novelas que abordan el tema del crecimiento y del paso de la infancia a la madurez. Novelas juveniles del siglo XXI como *Ventajas de ser un marginado*, series como *A*

dos metros bajo tierra, cómics como *Fun home* o películas como *Boyhood* son solo algunos ejemplos de este subgénero. Esa evolución del protagonista es, precisamente, el rasgo que nos permite considerar el *Lazarillo* como la primera novela –o *protonovela*– moderna. Es cierto que no cuenta con la complejidad formal del futuro *Quijote*, pero ya se trata del primer texto narrativo en el que los personajes rompen los límites del cliché y se convierten en seres humanos con sus miserias, grandezas y contradicciones.

¿Lázaro es héroe o villano? Ninguna de las dos cosas, resulta imposible simplificar y resumir en una única categoría a alguien tan vivo y tan complejo como él. Lázaro representa, con todas sus luces y sus sombras, al antihéroe, a ese individuo perdido en una sociedad que le oprime y donde no acaba de encontrar su lugar. Alguien que, como cualquiera de nosotros, tiene que encontrar el modo de hacer oír su propia voz, aunque las circunstancias no se lo pongan fácil. Aunque no haya nacido en el mejor de los mundos ni con las mejores de las opciones. Porque más allá del determinismo social que podría haber condenado al personaje a un destino miserable, se alza su fuerza y su deseo de cambiar esa suerte y torcer ese obstinado destino. Una lucha que no resulta fácil y que, en el caso de Lázaro, se resuelve de forma ambigua e irónica. En suma, una batalla que, si seguimos el consejo del prólogo y remamos con «fuerza y maña», quizá hallemos el modo de vencer.

Nando López

Lazarillo de Tormes

Anónimo

PRÓLOGO

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas¹, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite. Y a este propósito dice Plinio que «no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena²»; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello, y así vemos cosas tenidas en poco de algunos que de otros no lo son. Y esto para que ninguna cosa se debería romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar della algún fructo. Porque, si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus

vengan a
noticia
sean
conocidas

para
hace
echar a mal
desperdiciar

trabajo
aquí, esfuerzo

1. Para suscitar el interés del lector, se alude al carácter excepcional de los sucesos que se van a relatar a continuación, un tópico literario de la época.
2. Esta sentencia, muy citada durante los Siglos de Oro, fue atribuida por Plinio el Joven –poeta latino del siglo I– a su tío, Plinio el Viejo (23-79 d. C.), el prestigioso científico romano que recopiló notables investigaciones sobre fenómenos naturales en su célebre obra *Naturalis historia*.

obras y, si hay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio: «La honra cría las artes³».

¿Quién piensa que el soldado que es primero del escala tiene más aborrecido el vivir? No, por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y, así, en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: «¡Oh qué maravillosamente lo ha hecho Vuestra Reverencia!». Justó muy ruinmente el señor don Fulano y dio el sayete de armas al truhan porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas⁴: ¿qué hiciera si fuera verdad?

Y todo va desta manera; que, confesando yo no ser más sancto que mis vecinos, desta nonada, que en este grosero estilo⁵ escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico a Vuestra Merced⁶ reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y deseo se

3. Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.): orador y político romano. Mediante la cita de autoridad, el narrador explicita la intención de la obra: alcanzar la fama literaria.

4. *dio el sayete de armas al truhan porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas*: «regalaba el sayete al bufón porque lo adulaba diciéndole que había peleado muy bien».

5. La *nonada* y el *grosero estilo* se relacionan con la triple división de la retórica tradicional: estilos humilde, mediano y sublime. El estilo humilde es acorde a la extracción social del pícaro. No obstante, el comentario está cargado de ironía y de falsa modestia.

6. *Vuestra Merced* es un receptor desconocido. El relato en primera persona de Lázaro y esta interpelación directa son los elementos clave que marcan la estructura epistolar de la obra.

presentado
teólogo que
espera el
grado de
maestro
(doctor)
justó
combatió en
una justa o
torneo
sayete
de armas
sayo corto
y pequeño
debajo de la
armadura
nonada
menudencia,
cosa sin
importancia
grosero
rústico
hayan parte
participen
se huelguen
se alegren, se
diviertan
fortunas
desgracias

conformaran. Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, paresciome no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial⁷, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto.

nobles
estados
elevada
posición
social

7. *Fortuna fue con ellos parcial*: «fueron afortunados».

TRACTADO PRIMERO

*Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fue*⁸

Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares⁹, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre; y fue desta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río¹⁰, en la cual fue molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomole el parto y pariome allí. De manera que con verdad me puedo decir nascido en el río¹¹.

molienda
porción de
cereal que se
muele

aceña
molino
harinero
situado junto
a un río

8. *cuyo hijo fue*: «de quién fue hijo».

9. Actualmente, Tejares es un barrio de la capital salmantina situado a la orilla del Tormes.

10. *tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río*: «se dedicaba a moler el cereal (*molienda*) en un molino harinero (*aceña*) que está en la orilla (*ribera*) de aquel río».

11. La narración del origen de Lázaro señala desde el inicio el carácter paródico del relato, ya que su nacimiento guarda semejanza con el de Amadís, también nacido en un río. El contraste es evidente: mientras que el héroe de la novela de caballerías es de noble linaje, Lázaro exhibe la humildad de sus progenitores.

sangría
metafóricamente, robo
costal
saco que contiene el trigo

acemilero
encargado de guardar las mulas (acémilas)
que transportaban el suministro para los soldados
fenesció
acabó
sin marido
y **sin abrigo**
viuda y pobre
moreno
negro
curaban
cuidaban

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó y no negó, y padesció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados¹². En este tiempo se hizo cierta armada contra moros¹³, entre los cuales fue mi padre, que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fue; y con su señor, como leal criado, fenesció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos, por ser uno dellos, y vínose a vivir a la ciudad y alquiló una casilla, y metiose a guisar de comer a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena¹⁴, de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban vinieron en conocimiento¹⁵. Este algunas veces

12. El texto bíblico de las bienaventuranzas está incluido en el Evangelio de san Mateo y contiene las promesas de Jesús al pueblo. El narrador se refiere concretamente al siguiente fragmento: «Bienaventurados aquellos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5:10).

13. El protagonista alude a la expedición de los Gelves, una campaña militar ordenada por Fernando el Católico para ocupar el norte de África en 1510. En 1520 tuvo lugar otra expedición, lo que ha suscitado ciertas dudas sobre la datación de la obra. No obstante, la crítica se inclina por darle más veracidad a la referencia a la primera.

14. El Comendador de la Magdalena era el caballero que tenía la dignidad (encomienda) de la Magdalena, una de las adscritas a la orden militar de Alcántara. Las órdenes eran instituciones, sociedades de caballeros cristianos.

15. Se usa *venir en conocimiento* de forma irónica porque admite el doble sentido de «conocerse» y de «comenzar a mantener relaciones sexuales».

se venía a nuestra casa y se iba a la mañana. Otras veces, de día llegaba a la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo, al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas de que vi que su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños, a que nos calentábamos.

De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito¹⁶ muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar. Y acuérdome que estando el negro de mi padastro trebajando con el mofuelo, como el niño vía a mi madre y a mí blancos y a él no, huía del, con miedo, para mi madre, y, señalando con el dedo, decía:

—¡Madre, coco!

Respondió él riendo:

—¡Hideputa¹⁷!

Yo, aunque bien mochacho, noté aquella palabra de mi hermanico y dije entre mí: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se veen a sí mismos!».

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba, llegó a oídos del mayordomo, y, hecha pesquisa, hallose que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y sábanas de los caba-

16. *mi madre vino a darme un negrito*: «mi madre me dio un hermano negro».

17. El *exabrupto* se utiliza con doble sentido: insulto y exclamación afectiva, haciéndose patente nuevamente la ironía.

en achaque de
con la excusa
de
pesábame
sufría
mas de que
pero desde que
a que
con los que

brincaba
cogía en
brazos
trebajando
jugando
vía
veía

entre mí
para mis
adentros

pesquisa
investigación,
averiguación
salvado
cáscara del
grano
almohaza
cepillo para
limpiar
caballos

hacía
perdidas
 fingía
perdidas

llos hacía perdidas; y cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba¹⁸, y con todo esto acudía a mi madre para criar a mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo ni fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto¹⁹.

Y probósele cuanto digo y aun más; porque a mí con amenazas me preguntaban, y, como niño, respondía y descubría cuanto sabía, con miedo: hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre a un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron²⁰, y a mi madre pusieron pena por justicia, sobre el acostumbrado centenario²¹, que en casa del sobredicho comendador no entrase ni al lastimado Zaide en la suya acogiese.

Por no echar la soga tras el caldero²², la triste se esforzó y cumplió la sentencia. Y, por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana²³; y allí, padesciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo andar, y a mí hasta ser buen mozuelo, que iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

18. El padrastro quitaba las herraduras (*desherraba*) para conseguir dinero con el metal.

19. El anticlericalismo se pone de manifiesto en el paralelismo que traza el narrador entre el padrastro de Lázaro y los clérigos y frailes.

20. Uno de los castigos de la época consistía en pringar, es decir, echar grasa hirviendo sobre las heridas.

21. *sobre el acostumbrado centenario*: «además de los habituales cien azotes».

22. *Por no echar la soga tras el caldero*: «por evitar males mayores».

23. El mesón de la Solana, una de las mejores posadas de Salamanca, se encontraba ubicado en la Plaza Mayor.

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestralle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole cómo era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tractase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haría y que me recibía, no por mozo, sino por hijo. Y así le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo amo.

adestralle
adiestrarle,
guiarle
llevándolo
por la diestra
(derecha)

mirase por mí
cuidase de mí

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre, y, ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto; válete por ti.

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba. Salimos de Salamanca, y, llegando a la puente²⁴, está a la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandome que llegase cerca del animal, y, allí puesto, me dijo:

llegase
me acercase

—Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro del.

Yo, simplemente, llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

simplemente
inocentemente
par de
junto a
calabazada
golpe contra
la piedra

24. La palabra *punte* tenía género femenino.

—Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rio mucho la burla.

Paresciome que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba. Dije entre mí: «Verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer»²⁵.

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró jerigonza; y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía:

—Yo oro ni plata no te lo puedo dar; mas avisos para vivir muchos te mostraré.

Y fue así, que, después de Dios, este me dio la vida y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir.

Huelgo de contar a Vuestra Merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos²⁶, y dejarse bajar siendo altos cuánto vicio.

Pues, tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, Vuestra Merced sepa que, desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabía de coro. Un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende desto, tenía otras mil formas y maneras para

25. Esta anécdota y la sentencia del ciego marcan el inicio del aprendizaje de Lázaro como pícaro.

26. Con esta expresión, Lázaro ensalza la capacidad de progresar y ascender socialmente.

me cumple
debo
avisar
estar alerta
jerigonza
jerga
particular de
los ladrones y
marginados
avisos
consejos,
advertencias

de coro
de memoria

continente
semblante,
compostura
visaje
mueca
allende
además

sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían; para las que estaban de parto; para las que eran malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas: si traía hijo o hija. Pues en caso de medicina decía que Galeno²⁷ no supo la mitad que él para muela, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión que luego no le decía:

—Haced esto, haréis estotro, cosed tal hierba, tomad tal raíz.

Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía creían. Destas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.

Mas también quiero que sepa Vuestra Merced que, con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi; tanto, que me mataba a mí de hambre, y así no me demediaba de lo necesario. Digo verdad: si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre. Mas, con todo su saber y aviso, le contaminaba de tal suerte, que siempre, o las más veces, me cabía lo más y mejor. Para esto, le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo.

Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y su llave; y al meter de todas las cosas y sacallas, era con tan gran vigilancia y tanto por contadero, que no bastara hombre en todo el mundo

mal de madre
inflamación de la matriz
pasión
sufrimiento, dolor

no me demediaba de lo necesario
no me daba ni la mitad de lo necesario
finara
matara
contaminaba
dañaba con engaños
a mi salvo
en mi favor
fardel de lienzo
saco de lienzo (tela basta)
por contadero
una a una

27. Galeno de Pérgamo (130-200): célebre médico de la Antigüedad.

hacerle
menos
privarle de
laceria
miseria
entendiendo
en
ocupado en
un poco de
costura
un agujero
no por tasa
no con
medida, no
en pequeñas
cantidades
chaza
aquí, engaño
rehacer la
chaza
volver a jugar
a la pelota
sisar
robar
presto
rápido
al tiento
por el tacto
hartas
muchas

hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada. Después que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza. Y ansí buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba²⁸.

Todo lo que podía sisar y hurtar traía en medias blancas²⁹, y cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media aparejada³⁰, que, por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábame el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía:

—¿Qué diablo es esto, que después que comigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí³¹ hartas veces me pagaban? En ti debe estar esta desdicha.

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que, en yéndose

28. El protagonista se justifica: recurre al engaño para remediar la penuria que sufre a causa de la mezquindad del ciego.

29. La blanca era una moneda de poco valor; la media blanca era su mitad.

30. Lázaro explica cómo le robaba al ciego: cuando alguien tenía intención de entregarle una blanca (*el que se la daba amagado con ella*), él la introducía en su boca (*la tenía lanzada en la boca*) y tenía la media blanca preparada (*aparejada*) para sustituirla.

31. Un maravedí equivalía a dos blancas.

el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz³². Yo así lo hacía. Luego él tornaba a dar voces, diciendo: «¿Mandan rezar tal y tal oración?», como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino, cuando comíamos, y yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar. Mas turome poco, que en los tragos conocía la falta y, por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino lo dejaba a buenas noches. Mas, como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito y asentaba su jarro entre las piernas y atapábale con la mano, y ansí bebía seguro.

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente, con una muy delgada tortilla de cera, taparlo; y al tiempo de comer, fingendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor della, luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada, espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

32. Lázaro le indicaba al ciego que ya se había marchado quien había encargado las oraciones tirándole del extremo de la capa (*capuz*).

usaba
solía
cabe sí
junto a sí
mismo, a su
lado
beso
aquí, trago
turome
durome

lo dejaba
a buenas
noches
lo dejaba casi
vacío
dende
desde
entonces
como estaba
hecho al vino
como estaba
acostumbrado a beber
vino